

## Las misceláneas renacentistas y el mundo colonial americano

Isaías Lerner  
City University of New York

Las misceláneas más famosas de la antigüedad, la *Historia natural* de Plinio, las *Noches áticas* de Aulo Gelio, la *Saturnalia* de Macrobio y el *Banquete de los sofistas* de Ateneo, fueron escritas entre los siglos I y IV y se imprimieron a partir de la segunda mitad del siglo XV. El género volvió a despertar el interés de escritores y público en la Europa renacentista, en parte por la renovación del gusto por la cultura y el saber en Grecia y en Roma, en parte porque la edición de los autores clásicos a partir de fines del siglo XV las puso nuevamente en circulación para un público más amplio. A las razones mencionadas pronto se añadirían otras, como los descubrimientos de territorios desconocidos que obligaban a nuevas descripciones del mundo, y los avances de las ciencias experimentales que cuestionaban las ideas recibidas de los autores de la antigüedad clásica. Todo ello impulsó la escritura de nuevas misceláneas en latín, adaptadas a los nuevos tiempos y, sobre todo, cristianizadas en su concepción del mundo y, en 1540, se publicó en España la primera en lengua moderna, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía.

Como su nombre lo indica, estas obras de variado saber enciclopédico trataron de reunir, en forma no sistemática a veces, como el significado de *miscelánea* 'conjunto de variados escritos' establece, datos y conocimientos de variado tipo que tenían que despertar el interés de los lectores. Esta voluntad no sistemática o de aparente

desorden de temas en muchas de ellas, indicaba también una voluntad artística y las alejaba del mero repertorio de datos en que algunas se habían convertido y que se constituían como herramientas de trabajo del lector o escritor en busca de datos. Se trataba, en cambio, de escribir un texto de cuidada prosa capaz de interesar por la novedad de los temas, por la curiosidad de los hechos y datos ofrecidos, o por el modo narrativo que explicaba más contemporáneamente viejos temas de conocimiento general. Este interés puede ser una guía particularmente importante para poder entender las preocupaciones intelectuales, científicas y políticas de la sociedad letrada y artística europea del Renacimiento y del Barroco. La necesidad de entender el mundo dentro de los nuevos parámetros culturales exigía una nueva lectura de los clásicos y esta relectura, como ya dijimos, volvió a actualizarse con el descubrimiento del continente americano del que nada decían las fuentes clásicas ni la Biblia. No es de extrañar que un buen lector de la *Silva* de Pedro Mexía sea Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en su *Historia general y natural de las Indias* no sólo menciona el libro de Mexía expresamente sino que adapta la estructura miscelánea a su propio discurso historiográfico.

Así, en el libro VI de la Primera Parte, titulado “Libro de los depósitos” advierte al lector que recurre a la autoridad de Mexía para incluir los materiales que componen esta parte de su *Historia*:

[...] esto que yo escribo en este libro VI de la *Natural Historia de Indias*, el mismo y propio nombre que se le puede dar, es *Comentarios*, puesto que, así como este caballero Pedro Mexía, huyendo del propio nombre, dio a su obra otro tan propio como el mismo, y la llamó *Silva de varia lección*, así yo, cuando intitulé este sexto libro, por no le llamar *Comentarios*, le nombré *Libro de los depósitos* (I, 190a).<sup>1</sup>

Efectivamente, en el “Proemio” del citado libro explica la necesidad de este método misceláneo dada la cantidad de materia y datos “que me ocurren a la memoria, que con mucha dificultad las puedo

---

<sup>1</sup> V. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Hueso, Madrid: Atlas, 1959, 5 vols. Cf. I. Lerner, “La visión humanística de América: Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas, España en América y América en España*, Buenos Aires: Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”, 1993, I, 183-207, espec. 191.

acabar de escribir e distinguir[...]” (I, 141b). Esta adopción genérica parcial guiará otros textos que tratan sobre las cosas del continente americano. La miscelánea se adaptaba perfectamente a la inmensa variedad y a la diversidad y la abundancia de noticias contemporáneas. Además, como pronto veremos, en gran parte de los casos la ausencia de documentación escrita obligaba a recurrir a la memoria oral de informantes cuyo conocimiento directo o indirecto del pasado exigía confirmación autorizada.

Por otra parte, la historia americana debía integrarse en el plan divino de la historia universal según la entendía el pensamiento judío y el cristiano y desde los primeros esfuerzos por entender la presencia americana se buscaron soluciones que ajustaran las nuevas realidades a este vasto panorama.

Uno de los textos más interesantes en este sentido es la *Miscelánea antártica* de Miguel Cabello Valboa. Terminada de escribir en 1586, permanecía manuscrita en la biblioteca del conde-duque de Olivares en 1629 según noticia que da Antonio de León Pinelo en su *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica y Geográfica*.<sup>2</sup>

El manuscrito fue a parar durante un tiempo a la biblioteca del ilustre erudito mexicano Joaquín García Icazbalceta y más tarde vendido a la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin donde hoy se encuentra. Una copia con escasas variantes se halla en la Public Library de New York. La primera edición completa moderna, que sigue el texto del manuscrito de Texas, apareció en Quito en 1945, dirigida por Jacinto Jijón y Caamaño. Una nueva edición, basada en el manuscrito de New York, con las variantes hechas sobre la edición de Jijón y Caamaño, apareció en Lima, en 1951, con los auspicios del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y bajo la dirección de Luis E. Valcárcel.<sup>3</sup>

La lectura de las tres partes de la obra de Cabello Valboa revela conocimientos y opiniones que permiten entender no solamente el modo de trabajar de Cabello Valboa sino también el pasaje de saberes que cumplen misiones diferentes desde la perspectiva americana. Así, el origen de los habitantes del Nuevo Mundo se relacionó directa o indirectamente con nombres bíblicos y la identificación de

<sup>2</sup> Cf. *El Epítome de Pinelo, Primera Bibliografía del Nuevo Mundo*, Washington, Unión Panamericana, 1958, 103.

<sup>3</sup> Todas las citas pertenecen a esta edición. Modernizo la puntuación y la ortografía.

Ophir con Hispaniola aparece ya en Colón aunque Pedro Mártir, en su *Primera Década* de 1493, la pone en duda: "Volviendo pues la proa hacia el oriente, cuenta que encontró la isla de Ophir. Pero, considerando diligentemente lo que enseñan los cosmógrafos, aquellas son las islas Antillas y otras adyacentes. Llamó a ésta Española".<sup>4</sup> También mencionará la región de Ophir Martín Fernández de Enciso en su *Suma de geografía* impresa en Sevilla en 1519.<sup>5</sup> Ambos autores se refieren a la región de donde el rey Salomón traía oro, sándalo y piedras preciosas, pero sobre todo famosa por su oro; otros cronistas (el mismo Hernán Cortés para la Nueva España)<sup>6</sup> lo harán más adelante, ya sea para apoyar la identificación o para negarla.<sup>7</sup> Pero en la Biblia se menciona también a Ophir, el hijo de Joktan, descendiente de Shem, el hijo de Noé, y Cabello Valboa defenderá la opinión que afirmaba que el origen de los primitivos habitantes de América se remonta a los descendientes de Ophir. De hecho, dedicará las dos primeras partes de su *Miscelánea* a fundamentar, con cuidadosa explicación, cómo pudieron haber llegado por tierra y por mar hasta las costas de América.

Esta relación con una rama de los descendientes de Noé de los que poco dice la Biblia, desde la perspectiva del presbítero Cabello Valboa, hacía posible la integración de los pueblos americanos en la visión de la historia que domina el pensamiento político y religioso español de la segunda mitad del siglo XVI. Las autoridades que invoca Cabello para fundamentar esta teoría y las implicaciones que ella genera, son en verdad impresionantes para un lector actual. No es menos la manipulación de los datos extraídos de esas fuentes. Pero no debe sorprender el criterio de autoridad en la escritura vigorosa y elegante de nuestro presbítero. Cumple con el tipo de discurso informativo normal en su tiempo y a él se añade el abundante uso de recursos retóricos que su preparación eclesiástica favorecía en la predicación.

---

<sup>4</sup> Cf. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Bajel, 1944, 7. Para Colón v. Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*. Edición, Prólogo y Notas de Consuelo Varela, Madrid: Alianza Universidad, [1982] 1984, 14.

<sup>5</sup> V. Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias nuevas*, México: FCE, 1978, 96.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 118.

<sup>7</sup> Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, cap. XIV, ed. BAE, 23-24.

Cabello Valboa nació en Archidona, en la provincia de Málaga alrededor de 1530; arribó a América en 1566, después de una carrera militar que lo llevaría a Flandes y Francia; se ordenó sacerdote en Quito en 1571 y en 1576 comenzó a escribir su *Miscelánea*, como declara en el prólogo “a el pío y curioso lector”:

Finalmente, con presupuesto de darle a el patriarca Ophir por hijos a nuestros indianos, comencé a escrebir los primeros borradores de esta obra en la ciudad de Quito el año de setenta y seis (5).

Naturalmente, Cabello debió encontrar difícil la obtención de materiales para sustentar su proyecto dada la escasez de bibliotecas con libros europeos en el Quito de la segunda mitad del XVI y a ello se refiere explícitamente en el ya citado Prólogo:

Pues qué te podré decir (lector piadoso) de la carestía con que acaudalaba una autoridad de las muchas que han sido menester, certíficote que ha habido alguna que, por alcanzarla, se han caminado en idas y venidas más de cien leguas, y otras que se han adquirido con la importunación de muchas cartas colmadas de plegarias y ruegos. Porque como algunos de los sacerdotes de estos reinos (que nos ocupamos de doctrinar bárbaros) no tenemos caudal ni aparejo para tener librerías, y los que las tienen están en las cibdades lejos de donde habitamos, hame sido grandemente dificultoso recopilar lo poco y mal limado que en este libro hallarás. Y no trataré de las reprehensiones y improperios que por cartas y palabras he recibido por ocupar la imaginativa y tiempo en escrebir historias (7).

Debajo de la *captatio benevolentiae* característica de los textos prologales es posible distinguir el hecho claro de la carencia de libros. Ciertamente las fuentes patrísticas y bíblicas no debieron ser problema grave pues, dada su natural curiosidad intelectual, debió conocerlas tal vez directamente por su preparación sacerdotal. Sin embargo, una lectura atenta revela las fuentes intermediarias que le permitieron una acumulación de autoridades que dieran apropiada fundamentación a sus argumentos en favor del origen ophirita de la población americana. Incluso buena parte de las citas bíblicas debió venir, probablemente, del comentario de Benito Arias Montano a la

Sacra Biblia Real,<sup>8</sup> como el propio Cabello Valboa declara ya en el Prólogo:

[...] el muy ilustre caballero Dr. Don Diego López de Zúñiga, alcalde de Corte en aquella real cibdad [...] no desagradándole mi opinión en aqueste caso, me dio por aviso, que sin ver primero lo que el doctor Benedicto Arias Montano trataba acerca de esta materia en el primer volumen de el aparato de la Sacra Biblia Real, no procediese con mis escriptos adelante (7).

El plan de Cabello Valboa era la integración de la historia del continente americano dentro de la historia universal de modo que numerosas correspondencias con acontecimientos en las partes conocidas del mundo, antes y después de la llegada de Colón, aparecen mencionadas y entrelazadas con la historia de los hechos ocurridos en el continente y, a partir de la tercera parte, de los hechos en el territorio que pasaría a ser dominio de los Incas. Para esta abundancia de datos desde la creación hasta la llegada de los españoles al Perú, necesitará, pues, nuestro presbítero, acudir a fuentes historiográficas diversas. De hecho, esta interrelación de hechos es lo que justifica el nombre de *Miscelánea*:

[...] pues habiendo de deducir, desde el principio del mundo el origen de estas indianas naciones, forzosamente habemos de pasar por muchas variaciones de tiempos y alteraciones [...] y atendiendo a esto, que necesariamente había de suceder, no sin maduro acuerdo, le fue puesto a nuestra historia el nombre de *Miscelánea*, por la forzosa mixtura de historias que consigo antecoge el hilo de su proceder, que demás de ser lance forzoso, el hacerlo, como bien verás, hermoeará mucho su discurso la mixtura de tantos colores (3-4).

De hecho, este uso literario de la palabra *Miscelánea* probablemente sea su primera documentación en castellano<sup>9</sup> y Cabello Balboa acu-

<sup>8</sup> Para la herencia erasmista en el biblismo de Arias Montano, v. fundamentalmente M. Bataillon, *Erasmus y España*, México: FCE, 1950, II, 356 y ss. Para una bibliografía actualizada, v. *Los Rhetoricorum Libri Quattuor de Benito Arias Montano*. Introducción, Edición Crítica, Traducción y Notas de María Violeta Pérez Custodio, Badajoz: Universidad de Cádiz, 1995, CV-CXX.

<sup>9</sup> Cf. I. Lerner, "Misceláneas y poliantecas del siglo de oro español", en Juan Matas Caballero *et alii*, eds. *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, León: Universidad de León, 1998, II, 70-82, espec. 71.

dirá a varias de las del Renacimiento para gran parte de su información apoyada en autores clásicos y renacentistas latinos. Entre ellas, quisiera detenerme en la ya mencionada de Mexía que Cabello Valboa cita de modo explícito una vez en su texto pero que debió usar más extensamente como procuraré señalar en esta ocasión. Se trata de una práctica crítica y erudita relativamente abundante hasta nuestros días y no creo que sea ocultamiento deliberado de fuentes sino particular utilización del criterio de autoridad. Una vez consultada la fuente directamente, el erudito o el crítico, hasta hoy, no siempre siente la necesidad de aclarar si se trata de una lectura surgida del amplio espectro de su saber individual o si ha sido dirigido a la fuente a través de otro autor que permanece anónimo. No necesito para ello recordar ejemplos actuales más y menos ilustres.

La mención explícita aparece en el capítulo noveno de la Segunda Parte, que trata, entre otras cosas, de Semíramis y la construcción de la ciudad de Babilonia. En efecto, cuando Mexía se refiere a la reina y la construcción de los muros puntualiza las fuentes que Cabello Valboa repetirá: San Agustín, Estrabón, Quinto Curcio, Plinio. A diferencia de Mexía, pocas veces nuestro autor especifica el lugar o la obra y en ocasiones una expresión del tipo “y otros autores” hace más vaga aun la referencia. Típicamente, los datos provienen de textos intermediarios y no de lectura directa.

Así, por ejemplo, ya en el primer capítulo de la obra conviene relacionar la referencia acerca de la opinión de los filósofos antiguos sobre la creación del mundo con mención semejante en la *Silva* de Mexía, quien recuerda a Vicente de Beauvais (1200-1264) y su *Speculum historiale* de donde debe provenir el dato de las *Instituciones divinas* de Lactancio. De Vicente de Beauvais, a través de Mexía, viene también la afirmación del capítulo 2 de la *Miscelánea*, de que el mundo comenzó por obra de Dios en el signo de Aries: “y en esta comenzó el sol a hacer su carrera el día mismo que Dios lo crió y en el signo de Aries” (16). En algún caso, comparte también con Mexía autores de tratados cronológicos, tan importantes en Cabello Valboa para situar convenientemente los hechos de los habitantes de América. Me refiero, por ejemplo, al muy conocido *Enchiridión de los tiempos* del fraile dominico Alonso Venero, cuya primera edición apa-

reció en Burgos, por Juan de Junta, en 1529<sup>10</sup> y que Mexía había utilizado para el origen de la cronología según la era de César (III, 36). En la *Miscelánea* de Cabello Valboa, Venero es la fuente para las disputas entre Noé y su hijo Cham, que se atrevió a mirar “con menosprecio las partes pudibundas de el padre” (I, 4, 26).

Mexía y sus autoridades debieron también ser fuente directa del comentario en la *Miscelánea* acerca de la primera lengua que se habló en el mundo. En efecto, Cabello Valboa recuerda que “es de creer que la lengua hebrea es la más antigua de el mundo, y la que habló nuestro padre Adan [...] y tal opinión tienen Sant Agustín y Sant Antonino y Neucler y Sant Ysidoro en sus *Ethimologias* y otros modernos”(I, 5, 35). Mexía trata el tema en el capítulo XXV de la Primera Parte de su *Silva*: “Cómo al principio del mundo todos los hombres hablaban en una lengua y cuál lengua fue ésta[...]”. En él concluye:

De manera que la lengua hebrea fue la primera en que habló Adam y los de la primera edad; y ésta se guardó en Heber y sus sucesores, Abraham y Jacob y los demás; y después en ella escribió Moysén. Esta es la opinión de sant Agustín, donde tengo dicho; la misma tiene sant Esidoro, en el capítulo primero del libro nono de sus *Etimologías* (y en esta lengua escribe él que hablaba Dios a Adam y a los profetas); esta opinión siguió Sant Antonino en sus *Historiales* y Nauclero y otros modernos (I, 381).<sup>11</sup>

Obviamente, Cabello Valboa se apoya en Mexía y alega las mismas autoridades incluidas las más vagas y probablemente no leídas directamente, como se deduce de la expresión “otros modernos”. Sant Antonino es el obispo de Florencia (1389-1459) autor del bien conocido *Opus historicum sive Chronicarum* o simplemente *Chronicon*. Neucler es el alemán Johann Vergen, Nauclero, autor de un *Memorable omnium aetatis et omnium gentium Chronici Commentarii* de 1501 que Mexía cita solamente en las dos primeras partes de su obra.

En este mismo capítulo cinco, hay otras coincidencias menos obvias pero que conviene tener presentes; son, sin embargo, suficiente-

<sup>10</sup> Cf. I. Lerner, “Autores y citas españolas en la *Silva* de Mexía”. *Filología*, XXVI, 1-2 (1993) 107-120.

<sup>11</sup> Sigo la edición de Antonio Castro, Madrid: Cátedra, 1989; modernizo la puntuación y la ortografía.

mente conocidas las fuentes para que podamos hablar con seguridad de su trasmisión a través de Mexía: la *Crónica* de Eusebio de Cesárea y Justino para Tubal, como primer poblador de España o San Agustín y el mismo Eusebio para Abraham y la invención de las letras, motivo sobre el que volverá en la Segunda Parte.

La mención de las amazonas en el capítulo 6 de la Primera Parte de la *Miscelánea* recuerda el parecer de Diodoro Sículo y de Justino, que Mexía había declarado en el capítulo 10 de la primera parte de su *Silva* a ellas dedicado, como su fuente principal: "Y seguiré principalmente a Justino y Diodoro, porque lo escriben más distintamente" (I, 246).

También será Mexía (III, cap. 32) quien provea la autoridad de Plinio y Paulo Orosio para las dimensiones, peso y duración del coloso de Rodas. En efecto, asegura esta filiación el hecho de que Cabello Valboa también mencione a Platina y a Antonio Sabelico a propósito del destino de los restos de la estatua que el sultán de Egipto cargó sobre novecientos camellos. Pero como sucede con estos datos de acarreo, Cabello Valboa bien pudo haberlo leído en la misma fuente utilizada y mencionada explícitamente por Mexía: la justamente famosa *Officina* de Ravisio Textor.<sup>12</sup> Falta averiguar si Cabello Valboa tuvo acceso a este catálogo de autoridades, más que miscelánea, en Quito donde estudió y escribió sus obras. No aparece nunca mencionado y no sabemos que hubiera ejemplares de la *Officina* a principios del siglo XVI en Quito; sí sabemos, en cambio, que la *Silva* cruzó el Atlántico.<sup>13</sup>

La misma fórmula emplea Cabello Valboa en el capítulo siguiente cuando a propósito de Egipto escribe sobre las "nominatísimas pirámides" de modo suscito y añade:

Quien quisiere ver más adlongum esta materia y lo que fueron estas pirámides, lea a Pomponio Mela en el primero libro, y a Herodoto en el segundo, y Estrabón en el último y otros autores que dello tratan de propósito.

Mexía, a su vez, advierte en el capítulo anteriormente mencionado:

---

<sup>12</sup> Cf. II, 240; el capítulo se titula "En el cual se tracta qué edificios fueron, las cuales, por su grandeza y excelencia, son llamadas las siete maravillas del mundo. Qué tales y en qué lugares fueron cada una dellas".

<sup>13</sup> Cf. Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México: FCE, 1953, 112.

Muchos autores lo afirman y señaladamente tratan esta cosa largo, Plinio en el libro treinta y seis, capítulo doce, (y alega otros doce autores para ello) y Diodoro Sículo en el primero (el cual dice que vivían en su tiempo y y estaban enhiestas estas pirámides), y Estrabón, en el libro último, y Pomponio Mela en el primero y Herodoto en el segundo y Amiano Marcelino en el libro veinte y dos y otros mil autores (III, 32, 241).

Cabello Valboa, pues, selecciona los nombres que le son más familiares o que considera que se adaptan mejor a los particulares propósitos de su libro. Así, la *Chorographia* de Pomponio Mela, con su descripción del mundo en dos hemisferios, cinco zonas y tres continentes le resultaba más útil que la obra del último de los grandes historiadores romanos que narra los acontecimientos de la Roma del siglo IV de nuestra era; y ello a pesar de que Amiano Marcelino había visitado Egipto y tenía conocimiento directo del tema.

En alguna instancia, es posible especular acerca de qué edición de la *Silva* pudo haber usado nuestro autor. En efecto, cuando vuelve al “prestantísimo uso de las letras”, relaciona el nacimiento de Abraham con el reinado de Ybero, hijo de Tubal, en lo que llegaría a ser España; esta cronología difiere de la propuesta por Beroso, según Yhoan de Viterbo o Juan Anio, al que Cabello Valboa califica de “famoso Coronista”. En efecto, Mexía, en la edición de 1540 señalaba:

que se podía afirmar que hubiese habido en España letras antes que en alguna otra provincia. Estrabón lo escribe y Juan Anio, grande inquisidor de antigüedades, lo aprueba y tiene por verdad.

En las ediciones posteriores y a partir de la de Valladolid 1550-1551, la última añadida y revisada por Mexía, se corrige el elogio: “[...] Juan Anio, aunque no sea autor muy aprobado, lo aprueba y tiene por verdad”. Esta corrección seguramente se hacía eco de las críticas a las obras de Juan Anio y, en España particularmente, las de Juan de Vergara a quien Marcelino Menéndez y Pelayo califica de “primer impugnador de las ficciones de Manethon y Beroso (de Anio Viterbiense) y padre de la crítica histórica”.<sup>14</sup> Es pues probable

<sup>14</sup> Cf. “Humanistas españoles del siglo XVI”, en *Estudios de crítica histórica y literaria*, Madrid: CSIC, 1941, II, 11.

que Cabello Valboa hubiera manejado la primera edición de la *Silva* y que la obra de Vergara le fuera desconocida. Nuevamente lo volverá a nombrar a propósito de la supuesta ciudad natal de Moisés, ubicándolo entre “los más graves autores”; en todo caso, se trata en ambos casos de Giovanni Nanni (1432?-1502) y sus *Antiquitatum variarum volumina*.

Pero no son estas las únicas autoridades citadas por Mexía que utiliza Cabello Valboa para su capítulo sobre la invención de las letras. Diodoro Sículo, Eusebio y su *Praeparatio Evangelica* y Filón, así como el prólogo de San Jerónimo al libro de Reyes, muy probablemente derivan de las explícitas menciones de la *Silva*. No se trata de simple copia sino de especial uso del texto de la miscelánea anterior. Esta utilización no carece de curiosas manipulaciones de la cronología. Así, a propósito de Moisés advierte:

Eusebio *De preparación evangélica* y muchos autores menos antiguos y entre ellos Philón Judío [Philo Judaeus], pensaron haber sido Moysén el inventor de esta graciosa arte.

En verdad, Philón de Alejandría vivió en la primera mitad del siglo I de la era cristiana en Egipto e influyó profundamente en el pensamiento de los padres de la Iglesia y de los neoplatónicos. Esto, sin embargo, era difícil de entender para un presbítero del XVI con una teoría que estaba decidido a probar, y lo hace posterior a Eusebio de Cesárea, quien vivió en el siglo IV y citó en numerosas ocasiones a Filón en su *Historia eclesiástica*.<sup>15</sup> Cabello Valboa tuvo que haber leído este texto fundamental si es que no son también de fuente secundaria las cuatro citas de esta obra en su *Miscelánea*, dadas las circunstancias en que fue escrita.

El mismo tipo de coincidencias aparecerán en los capítulos de temas comunes. Cuando se refiera al origen de los turcos, en la Tercera parte, capítulo 10, Cabello Valboa remite a:

---

<sup>15</sup> Cf., por ejemplo, *Historia eclesiástica*, II,5, ed. A. Velasco-Delgado, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, I, 72-74.

Eneas Silvio en su *Cosmographia*, y Raphael Volaterano y Francisco Philefo y Paulo Yovio; a estos autores remito a el lector que más extensamente quisiere saber este principio (272).

Se trata de la simplificada bibliografía que Mexía alega en el capítulo catorce de la Primera Parte que trata tema semejante, pero con mayor detalle y más cuidadosas precauciones, pues se trata de escribir la historia de los enemigos:

Y porque desta gente la Iglesia cristiana ha recebido una de las más notables persecuciones y daños que nunca ha padecido, parecióme honesto trabajo de su principio y suceso hacer aquí, en este lugar que tan a propósito viene con lo pasado, una muy breve suma dello. Este mismo cuidado tuvo el papa Pío, en su *Cosmografía* y Raphael Volaterano, en la suya; y, más largo, Nicolo Secundino; y asimismo, Francisco Philelpho, en una carta que escribió a Carlos octavo, rey de Francia, y Antonio Sabélico en sus *Historias*. De los cuales yo sumé y recogí lo que diré; y señaladamente seguí a Paulo Jovio, en un tratado que hizo particular, deste mismo argumento (I, 293-294).

En el capítulo dedicado al origen de las guerras, en la Segunda Parte, capítulo 8, Cabello Valboa alega la autoridad de Justino, “abreviador de Trogo Pompeyo”, San Agustín y Fabio Pictor (117) y añade (118) otras no citadas por Mexía, como Beda y Suidas, a quien considera autor, como era frecuente en su tiempo; pero precisamente por ello es probable que estas menciones deriven de otras misceláneas utilizadas directa o indirectamente.

Esto no quiere decir que todas las citas de clásicos, por ejemplo, sean de lectura indirecta; en efecto, es posible que la mención de Pomponio Mela para la descripción de la India en el capítulo 11 de la Segunda Parte, sea de su propia lectura. Además, ciertas coincidencias sospechosas simplemente indican la fascinación de los dos autores por la información fantástica, por los hechos extraordinarios y poco verosímiles convertidos en realidad por la seriedad de la fuente elegida, aun dentro del mundo lleno de cosas extraordinarias y nuevas del continente americano que eran de comprobación cotidiana y personal. Me refiero, por ejemplo, al dato francamente alarmante de la existencia de hormigas grandes como perros en la India, que “haciendo sus cuevas como las de acá sacan mucho oro”; Mexía hace una descripción cuidadosa y un poco más hiperbólica no solamente de esta rara costumbre y dimensión de las hormigas

("grandes como lobos y tan fieras y bravas que son temidas como leones") sino de las precauciones que los habitantes de la región tienen para apoderarse, con riesgo de sus vidas, del metal precioso. Las autoridades no solamente son muchas sino que, dada la inversomilitud del caso, el cronista sevillano se afana en dar la cita exacta de las obras de Plinio, Solino, Herodoto, Estrabón, Philóstrato "y otros" (IV, cap. 5 final).

Cabello Valboa, menos interesado por lo maravilloso y fundamentalmente preocupado por demostrar el origen ofirita de los pobladores americanos, es más escueto en su información y le basta, no sin cierta dosis de escepticismo, con su fuente principal:

Y si a Pomponio Mela creemos, hallaron estos entre otros animales fieros, cierto género de hormigas tamañas como perros las cuales con suma diligencia y cuidado, guardaban el oro que en aquella tierra nacía, muy en daño y a costa de aquellos que lo iban a buscar (136).

Estos apartes que se extienden en el elemento maravilloso, se apoyan en la elección genérica que estructura el libro o, como dice el propio autor:

El apellido de mi obra me abre y allana el camino para, con libertad, entrar y salir en las historias que más acudieren a propósito (II, cap. 15, 159).

De aquí que las disquisiciones y comentarios al margen del motivo principal se entrelacen con acontecimientos muy indirectamente relacionados con la tesis central. Para ello, se servirá de las misceláneas humanistas y otros libros históricos y geográficos.

De las misceláneas latinas publicadas a fines del siglo XV y principios del XVI se destacan los *Commentariorum urbanorum octo et triginta libri* de Raffaele Maffei, llamado el Volaterano. A ella lo debe haber orientado Mexía, buen lector de Volaterano, pero el uso que le da Cabello Valboa no es siempre dependiente del texto de la *Silva*.

De los libros de historia, muchas veces misceláneos en la época (como en el caso del mismo Cabello Valboa), además de los mencionados, nuestro autor parece haber utilizado las obras de españoles como Alfonso de Madrigal, obispo de Ávila, más conocido por el sobrenombre de "El Tostado"; la versión de la *Crónica de España* de Florián de Ocampo; la *Historia de la India* de Hernán Pérez de

Castañeda; la *Historia de Africa* de Luis de Mármol; probablemente el tratado *Diferencias de libros que hay en el Universo* de 1540 de Alejo Venegas del Busto, el “Maestro Alexio Vanegas”, según lo llama Cabello Valboa.

Entre los autores extranjeros alegados como autoridad, Cabello Valboa menciona al portugués Juan de Barros y entre los cosmógrafos al holandés contemporáneo Gema Frigio, es decir Regnier Gemma Frisio, también citado por Mexía en otro contexto.

De hecho, a medida que la narración se va acercando al segundo propósito de la *Miscelánea* que es el relato de la historia de los pueblos del Perú hasta el dominio de los Incas, la necesidad de autoridades clásicas o de autores europeos modernos se hace menos evidente y terminan por desaparecer, puesto que nada podían decir acerca del continente americano, que era otro modo de hacer frente a la disputa de antiguos y modernos que tanto atraía a los pensadores europeos. Así, por ejemplo, en el capítulo 5 de la Tercera Parte “Donde se disputa y trata qué cosa es Volcán y por qué es así llamado, y de la causa de su fuego, y qué cosa sea, y de las cosas que fueron halladas en este Nuevo Mundo por sus primeros habitantes”, Cabello considera insuficiente la opinión de “Plinio y otros autores antiguos” acerca del origen y causa de los volcanes y decide tratar el tema “no como lo he hallado y leído en autores que desta materia han tratado, sino como lo he visto, andado, palpado y considerado haciendo anatomía de ello, no con poco riesgo de mi salud y vida.” (228). En el caso de América, la experiencia personal, el comentario oral del testigo son las autoridades fundamentales para elaborar los textos que fundan en la nueva escritura la nueva realidad. Sin embargo, cuando nuestro autor intenta explicar el origen de la palabra *volcán* no vacila en recurrir a la “ciega gentilidad”, y nuevamente a Plinio cuando menciona las islas cercanas a Sicilia en donde el dios Vulcano ejercía de herrero de los dioses. En efecto, el nombre de las islas Aeolias o Lipareas que cita Cabello es *Efēstides* y debe venir, directa o indirectamente, de Plinio, III, 8, 94: “[...] XXV ferme p. ab Italia septem Aeoliae appellatae, eadem Liparaeorum, Hephestiades a Graecis”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Utilizo la edición de la *Naturalis Historia* de H. Rackman, Cambridge: Harvard U. Press, 1989 [1942], II, II, 68.

Cabello Balboa, pues, en la materia americana irá recogiendo y seleccionando datos que él mismo puede recoger de su experiencia personal, como en el caso del volcán Pichincha, o de sus amistades americanas y de lo que encuentra en los historiadores de Indias que le precedieron, como Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Cieza de León y Gómara, a los que nombra expresamente.

Así, aunque nuestro autor necesita el apoyo de fuentes secundarias, la historia contemporánea americana y aun el pasado indígena tienen un particular e inédito rasgo de novedad. Para reconstruir ese pasado habrá que recurrir a la memoria colectiva de los naturales habitantes del territorio y se hará necesaria una nueva manera de concebir la historia oral que tiene fundamental importancia y merece tratamiento aparte.

Por lo demás, aun en la narración correspondiente al pasado peruano, la inclusión de materiales narrativos ficticios, acerca de la historia incaica, está dirigida al lector acostumbrado a estas lecturas; y así como Ercilla intercala en su poema épico sobre la conquista de Chile historias de amor que reflejan la tradición literaria del occidente europeo, así Cabello Valboa no vacila en entretener la historia “de los amores de Quilaco Yupanqui de Quito y Curicuillor de el Cuzco” a partir del capítulo 26 de la Tercera Parte hasta el final de su libro, con los acontecimientos de la conquista del Perú y muerte de Atahualpa. Pero en qué tradiciones literarias europeas se inscribe la historia de estos amores, merece ser tratado con detenimiento. Baste en esta ocasión recordar que estos amores han sido relacionados por Sonia V. Rose con la novela morisca, y particularmente con *El Abencerraje*.<sup>17</sup> Esta historia de amores de frontera ofrece interesantes puntos de contacto con la historia que narra Cabello Valboa, pero también serias diferencias que las alejan, como la propia autora se encarga de señalar. No está de más, en cambio, recordar que el motivo de la esposa que va al campo de batalla en busca del cuerpo de su marido muerto ya tenía notable presencia americana en el

---

<sup>17</sup> Cf. su excelente estudio “Una historia de linajes a la morisca: los amores de Quilaco y Curicuillor en la *Miscelánea antártica* de Cabello Valboa”, en Karl Kohut y Sonia V. Rose, eds., *La formación de la cultura virreinal I. La etapa inicial*, Frankfurt-Madrid: Vervuert Iberoamericana, 2000, 189-209. V. también su “Los amores de Quilaco Yupanqui y la hermosa Curicuillor”, en Bernard Lavallé, ed., *Transgressions et stratégies de métissage en Amérique coloniale*, Paris: Presses Universitaires de la Sorbonne Nouvelle, 1999, 119-137.

personaje de Guacolda que Ercilla introduce en la Segunda parte, cantos XX y XXI de su poema *La Araucana*, publicada en Madrid en 1578. El motivo se inspira, como era de esperar en Ercilla, en fuente clásica y en esta oportunidad, en el personaje de Argia en busca del cadáver de Polynices según narra el poema épico de Statius *Thebais*, XII, 177-408 como señalara ya María Rosa Lida de Malkiel.<sup>18</sup> Las variantes del motivo que utiliza Cabello Valboa (se trata de una pareja de castos amores y no de marido y mujer; el hallazgo del cuerpo herido entre tantos muertos) no invalidan la relación con el episodio de *La Araucana* y en cambio refuerzan el carácter de documento que Cabello Valboa quiere dar al episodio de final feliz y redentor.

Por otra parte, el motivo de la mujer vestida de hombre para salir en busca del amado pertenece al ámbito de la novela corta italiana, ya desde el *Decamerón* de Boccaccio. A su vez, y como señalara Rose, el autor vincula esta narración de claro corte literario con personas históricas para crear, en este caso, una realidad apoyada en hechos, como corresponde al relato histórico. Así, pues, el significado de *miscelánea* se amplía para añadir el de 'conjunto heterogéneo' en que cabe la híbrida fusión de historia y ficción, como ya se había dado en *La Araucana* y, hasta cierto punto, en los historiadores de Indias.

Creo que entender y reconocer la comunidad de rasgos que aúna textos como los de Mexía, Fernández de Oviedo, Ercilla y Cabello Valboa dentro de una tradición que se cree común, es una privilegiada vía de acceso a la comprensión del complejo mundo intelectual de la temprana edad moderna. El género de la *miscelánea* ocupa hoy un lugar muy secundario dentro de las cambiantes jerarquías del canon literario hispánico. El carácter informativo que define muchas de sus páginas ha perdido su valor literal y ya Menéndez y Pelayo incluía, desde una perspectiva muy décimonónica, el libro de Mexía en su *Orígenes de la novela*. Desde un punto de vista histórico, sin embargo, estos textos siguen siendo fundamentales para entender el mundo y las mentalidades que hicieron posible la estupenda floración artística e intelectual de los siglos XVI y XVII a ambos lados del Atlántico.

<sup>18</sup> *Dido en la literatura española*, London: Thamesis, 1974 [1942], 134.